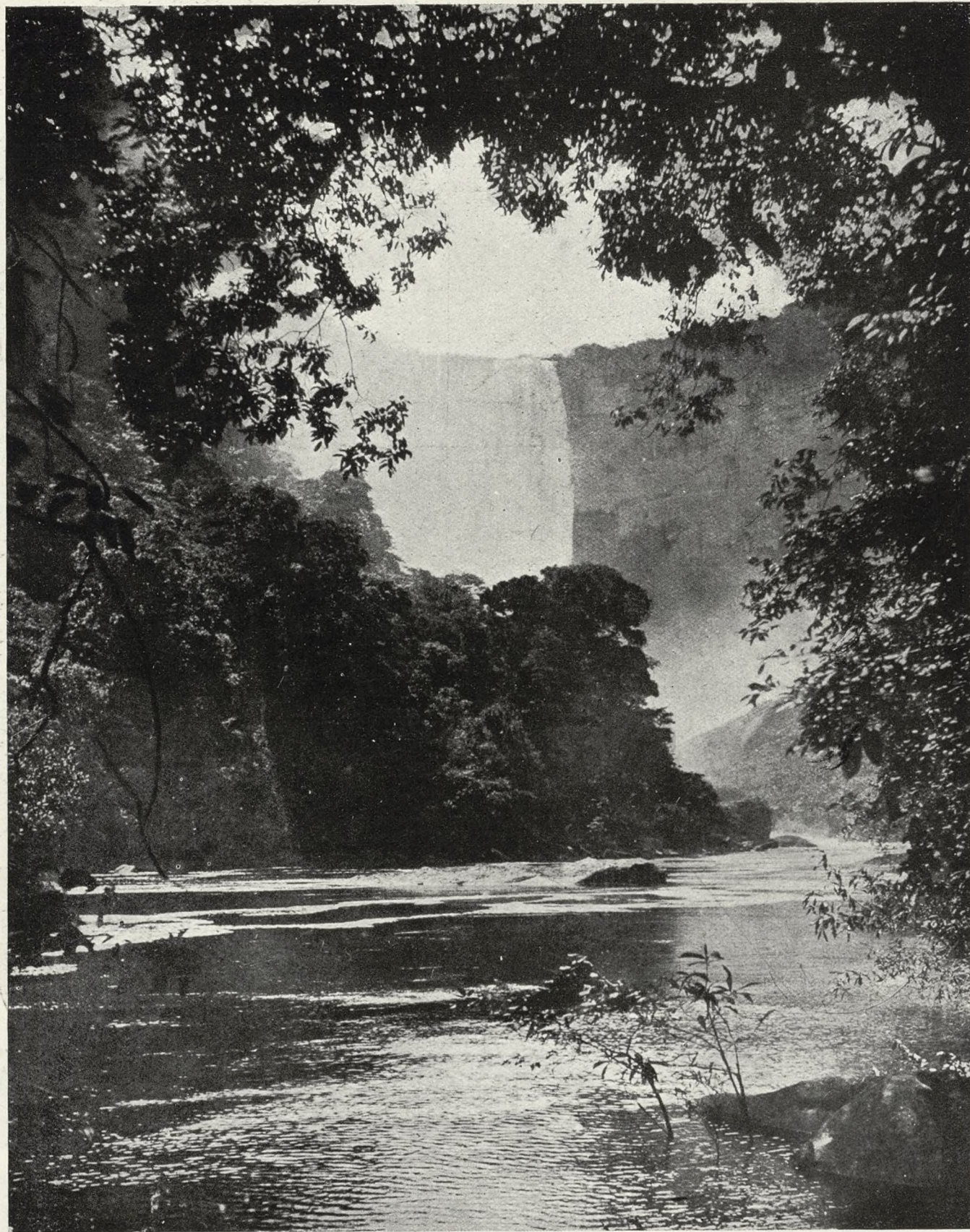




PARA el viajero que hace sólo veinte años navegaba por las turbulentas aguas del Carao, una vaga aprensión le oprimía el pecho al aproximarse a la apartada y brumosa catarata de Hai-Merú, situada enfrente de la inmensa mole del Auyán Tepuí, al pie de los gigantes picachos que limitan la majestuosa sierra por el este; un espacioso remanso se dilata a la caída de la catarata, y las aguas, violentamente despeñadas, se encrepan y se coronan de blancos copos de espuma, que giran y se desmenuzan en los raudos remolinos. Al pie del salto, en la margen izquierda del río, en medio de la espesa y enmarañada selva, un moriche solitario yergue su esbelto y airoso penacho de palmas; la particularidad de que la elegante palmera vege sola en aquel arbolado desierto, dió origen a que se designara al salto con el nombre de Hai-Merú, que en lengua arecuna significa "salto del moriche". La catarata sólo tiene dos metros de altura; pero al chocar sus aguas contra las rocas, originan un continuo y monótono fragor, que es la única señal de vida, en medio de la tétrica y callada soledad.

A orillas del remanso, en una blanca playa, salpicada de negros peñascos, un frondoso caruto retrata su silueta gris en las turbias aguas del río, y una de sus



ramas, tronchada por la estruendosa explosión de un cartucho de dinamita, recuerda que es el mudo testigo de una horrible tragedia. Allí perecieron, asesinados por los indios que les servían de bogas y guías, dos estadounidenses que se dirigían a Camarata en busca de un oculto tesoro. Mucho se habló en La Paragua acerca de aquel drama sombrío; pero los informes eran contradictorios y los detalles del macabro suceso permanecían envueltos en un impenetrable misterio. Una feliz casualidad nos dió la oportunidad de conocer los pormenores y las causas del espantoso crimen.

En el año 1922 me dedicaba a la explotación del balatá en las selvas que circuyen el Auyán Tepuí; la choza donde había instalado el depósito de víveres y mercancías estaba situada en un claro del bosque, en el confluente del Carao y el Acanán. En aquella época, los aborígenes que habitaban las márgenes del Carao y sus afluentes eran completamente salvajes; para llegar a nuestro rancho tomaban nimias precauciones, a pesar de que procurábamos atraerles e inspirarles confianza, haciéndoles dádivas de abalorios y otras brujerías. Pacientemente logramos que se interesaran en la explotación del balatá, y les halagaba que les pagáramos la goma en monedas de oro, inglesas y americanas, con las cuales iban a Demerará a comprar pólvora y escopetas, que adquirían allí a precios con los cuales no podíamos competir.

Caicusé, "El Tigre", uno de los asesinos de los americanos, vivía cerca de Camarata; pero malicioso, como lo son todos los indios, se abstuvo de ir a la estación de Acanán, nombre con que era conocido nuestro campamento balatero, por temor de que pudieran hacerle preso.

Con la temporada de lluvias terminaron las faenas balateras de aquel año, pues el látex de la preciosa gutífera no fluye durante la estación seca.

Todos los obreros regresaron a La Paragua, excepto cuatro, y los cuatro, bogas indios, muy hábiles y prácticos en la peligrosa navegación del Carao y el Caroní, con los cuales había de emprender mi regreso a La Paragua. Como quedaba un excedente de mercancías, resolví ir a Camarata a realizarlas a precio de costo, pues llevarlas a La Paragua representaba un gasto considerable, si tomamos en cuenta que de La Paragua a la estación de Acanán se invertían quince días, quince penosas jornadas, salvando innumerables obstáculos, saltos y rabiones y desafiando toda suerte de peligros.

Llegamos a Camarata en una fresca y despejada mañana de febrero, después de dos días de feliz navegación por el río Acanán, a cuyas orillas, después de atravesar un angosto bosque, se dilata el pintoresco caserío. La sabana de Camarata, surcada por elegantes filas de susurrantes morichales, ofrece un admirable y espléndido panorama; el inconmensurable bosque la rodea por todas partes, excepto por el norte, donde se elevan los más altos picos del Auyán, inmensa atalaya desde la cual contempla Mabarí los dilatados espacios donde se agitan en continua lucha los infelices mortales; por el sur, limitan el horizonte los lejanos y azules picachos del Apradá. En aquel año había en Camarata una treintena de casuchas, techadas con palmas cuidadosamente entretrejidas, cónicas, y esparcidas sin concierto en la sabana; las destinadas para dormir estaban herméticamente cerradas con paredes de barro y cañas, y sólo tenían un boquete para entrar. La necesidad de preservarse de las insostenibles picadas de los zancudos les obligaba a dormir hacinados en aquellas oscuras y calurosas habitaciones, campo propicio para la propagación de epidemias y enfermedades contagiosas.

Los indios no querían deshacerse de las monedas de oro, las cuales tenían destinadas para sus compras en Demarara; pero me dijeron que si yo permanecía dos semanas en Camarata, irían ellos a explotar un purgal (en Guayana se conoce el balatá con el nombre de purguo) que sólo distaba una jornada de allí, para comprarme con su producto el remanente de mercancías. Asentí, y los obreros que me acompañaban se entusiasmaron y partieron con ellos.

Quedé en Camarata con los indios que formaban la tripulación de mi piragua; el patrón, llamado Yacoy, estaba a mi servicio desde hacía tres años y actuaba como intérprete. Como mi visita había sido previamente anunciada, se habían hecho preparativos para una fiesta. En el centro del caserío se destacaba la "Casa Grande", llamada así por ser la mayor de todas; era ovalada y sólo tenía dos portezuelas en sus extremos, por las cuales entraba escasa luz; allí vivían varias familias, cuyo número era fácil contar, pues había tantas familias como fogones, cuya tenue luz es la única iluminación de que ellos disponen. En el centro de la choza se eleva un grueso madero vertical, sobre el cual se apoya la techumbre. Dando vueltas alrededor de ese madero, al compás de monótonos cantos y al son de rústicos tamboriles hechos con pieles de araguato, se bailan las típicas danzas arecunas.

Al pie del madero había dos grandes artesas rebosantes de cachirí, bebida espirituosa muy embriagante y alimenticia. Una india, vestida con el elegante y sugestivo traje de nuestra primera madre, era la encargada de distribuirla. El baile empezó por la tarde, se prolongó durante toda la noche y continuó al siguiente día; acudieron los indios que moran en los contornos, y al amanecer estaban todos borrachos. Era tal la algarabía y tan extravagante el espectáculo que presentaban aquellos seres girando, desnudos, en torno del madero, iluminados por la pálida e incierta llama de los fogones, que daban la ingrata impresión de hallarnos ante una de las espeluznantes estampas con que Doré engalanó "La Divina Comedia".

El potorú, jefe de los camarococos, era conocido con el nombre de "Colorado", quizá por el color bronceado de la piel, y vivía a escasa distancia de la

(C O N T I N U A E N L A P Á G I N A 5 6)

EL CRIMEN de HAI-MERÚ

Un relato de la selva guayanesa

(VIENE DE LA PÁGINA 36)

"casa grande"; como a las diez de la mañana llegaron dos indios y hablaron con Yacoy, en seguida se me acercó Yacoy y me dijo:

—Capitán "Colorao" quiere que tú vaya a la casa.

—¿A su casa? ¿A qué?—le pregunté.

—A comé cumachí.

Llegamos a la casa de "Colorao"; sentadas en el suelo, al lado del fogón que a cada una le corresponde, estaban las cuatro mujeres del capitán. Debemos advertir que los arecunas son polígamos y que pueden tener tantas mujeres como puedan mantener, aunque generalmente ocurre que los perezosos son los que más mujeres tienen. En cucullas, en redor de una tosca olla de barro, llena de caldo de ají y rodeada de trozos de cazabe, se hallaban "Colorao" y dos indios que me eran desconocidos; apenas hube entrado, me invitaron a comer, y una de las indias me obsequió con una totuma colmada de cachirí.

—¿Quiénes son esos indios?—le pregunté en voz baja a Yacoy.

—Caicusé y su papá—me contestó.

Súbitamente vino a mi memoria el recuerdo del crimen de Hai-Merú; disimuladamente eché un vistazo a los dos extraños personajes. Contrariamente a lo que había supuesto, Caicusé era un indio de buen porte, alto y fornido; tenía bigotes y las piernas velludas, cosa muy rara entre los indios. Tanto Caicusé como su padre estaban bien armados con arcos, flechas, escopetas de dos cañones y amolados machetes.

"Colorao" se dirigió a mí, y Yacoy tradujo:

—Caicusé viene a buscá a ti pa que vaya a parrandía a su casa.

—¿Dónde queda la casa?—le pregunté.

—En Royatapó, a orilla Unarima.

Recordé que el Unarima nace en el Auyán y desemboca en el Acanán, aproximadamente, a dos kilómetros, aguas abajo, del puerto de Camarata; pero confieso que me inquietaba la presencia de Caicusé; así es que me apresuré a contestar:

—Dígale a Caicusé que siento mucho no poder ir hoy a su casa, porque me duele la cabeza; pero que dentro de dos o tres días tendré el gusto de hacerle una visita.

Caicusé replicó en seguida:

—Tú tener que ir, porque fieta e pa ti; allá toro lito eperando a ti.

La insistencia me preocupaba; medité un instante y comprendí que era inútil oponerme, pues estaba solo, rodeado por más de cien indios; de manera que era forzoso tirar los dados y confiar en Dios y en mi buena suerte.

El camino de Royatapó era un estrecho sendero que se orientaba directamente al Auyán Tepuí. Marchábamos en fila india; el primero era Caicusé; le seguía su padre, un viejo de arrugada piel y cabellos negros; en seguida, el capitán "Colorao", Yacoy y yo. Caicusé disparaba las saetas para que cayeran al borde del camino; al pasar, las recogía y las volvía a disparar. Repitió esta operación durante todo el trayecto; comprendí que trataba de hacerme una demostración de su destreza en el manejo del arco. Ya muy cerca del pie del Auyán, el camino torció a la derecha y entramos en un bosque por una angosta trocha; pasamos el Unarima por un puente formado por el grueso tronco de un araguaney y llegamos a Royatapó, dos casas a orillas del Unarima, en medio de un campo de yucas, ajíes y bananos.

Las chozas estaban repletas de indios; el capitán "Colorao", que era piatsan, inauguró el baile con la danza mabarí, que tiene un carácter religioso. Me tranquilizó un tanto la cordial acogida que me dispensaron las hermanas de Caicusé, encargadas de repartir las bebidas.

A las cuatro de la tarde le dije a Caicusé que ya era hora de regresar a Camarata; pero me contestó con la mayor frescura que yo no podía irme hasta que no terminara la fiesta. Le objeté que había dejado la hamaca y la linterna eléctrica en Camarata, pero me ofreció proporcionarme lo que pudiera necesitar. Pensé en aquel momento que la obsequiosidad de las hermanas de Caicusé era inspirada por el avieso deseo de emborracharme; pero ya no era posible retroceder en aquel camino y empecé a beber sin medida.

A las diez de la noche me llamó Yacoy al patio; era noche de plenilunio; la luna brillaba calladamente en medio de un cielo despejado y sereno; su suave luz iluminaba las empinadas cimas del Auyán, que refulgían sobre nuestras cabezas con indecible encanto. Los indios, varones y hembras, estaban sentados en el suelo, formando corro, y en el centro, sentados en banquetas, estaban Caicusé, su padre, Yacoy y el potorú "Colorao". Me invitaron a sentarme a su lado, en una banqueta.

El enigma se aclaró: Caicusé había rehuído presentarse en la estación de Acanán por temor a que pudieran hacerle preso; pero cuando supo que me hallaba solo en Camarata, pensó que era la ocasión propicia para justificarse, sin temor de ser aprehendido. Con esta intención hizo los preparativos para la fiesta y fué con su padre a invitarme. Me refirió detalladamente las causas que los indujeron al asesinato de los extranjeros. Reunidos en la posición que he indicado, Caicusé empezó el relato, que Yacoy traducía.

* * *

A principios de 1914 llegaron dos norteamericanos a San Pedro de las Bocas e hicieron solicitud de bogas y guías para continuar viaje hacia Camarata. Se decía que los americanos poseían el plano de un tesoro que yacía enterrado en las cercanías de Camarata; sin duda alguna, proyectaban una exploración de minas, pues llevaban las herramientas que se utilizan en esa clase de labores: barras, picos, palas, bateas y una caja de cartuchos de dinamita. Los vecinos de San Pedro les recomendaron al "capitán" Raimundo, indio semicivilizado que residía en el salto de Tacyucay, situado a cuatro jornadas de San Pedro, río arriba.

La expedición salió de San Pedro en dos curiaras pequeñas; la componían los dos americanos, el capitán Raimundo y tres indios recién venidos de Camarata, llamados Caicusé, Casilva y Ereimón, a quienes contrató Raimundo para el viaje.

Uno de los americanos era ya entrado en años, de mediana estatura, gordo; gustaba larga barba entrecana. El otro era joven, alto, delgado y de azules ojos, y hablaba medianamente el castellano. El viejo no conocía ni una palabra de nuestro idioma; como no recordamos sus nombres, los llamaremos, como lo hacía Caicusé, el Viejo y el Joven.

Pintar los peligros de la navegación por el Caroní pudiera parecer



hiperbólico; pero todo cuanto se diga es pálido ante la realidad. Desde las primeras jornadas se hizo patente que el joven era impaciente y colérico; a cada momento insultaba a los indios, tildándolos de flojos y haraganes; no les permitía atracar sino a las seis de la tarde, sin elegir sitio y sin darles tiempo necesario para preparar la comida y construir cobertizos de ramas para guindar los chinchorros al abrigo de la lluvia. Los norteamericanos llevaban cómodas tiendas de campaña y potes de conservas alimenticias; el joven comía tranquilamente, sin tomar en cuenta que los indios tenían más necesidad de alimentos que ellos; el viejo era compasivo; no se sentaba a comer sin llamar previamente a los indios por señas y ofrecerles parte de su ración.

Cuando llegaron a la desembocadura del Carao, era ya bastante crítico el desacuerdo entre el joven y los indios; y se agravó la situación

cuando, cuatro días después, al llegar a las tres de la tarde al raudal de Cuimapá, en el Carao, los indios manifestaron su decisión de pernoctar allí, porque estaban cansados. El joven se enfureció y dió un violento empujón a Raimundo.

En la mañana del siguiente día le dijo Raimundo al joven que, para evitar inconvenientes, habían resuelto regresar a Tayucay en una de las curiaras y dejarles la otra para que ellos continuaran solos su viaje a Camarata; el joven dió un salto, encolerizado; agarró a Raimundo por el cuello, le sacudió brutalmente y, poniéndole en el pecho el cañón de un enorme revólver, le gritó:

—Usted me lleva a Camarata o lo mato.

—Sí, te yevamo—contestó Raimundo, forcejeando por desasirse de la hercúlea mano del norteamericano.

Se embarcaron y continuaron viaje; apenas salieron del puerto, Raimundo advirtió a sus compañeros:

—Donde acampemos esta tarde tenemos que matar a ese perro rabioso.

Mientras remaban, los indios, hablando en su idioma, que era completamente desconocido para los norteamericanos, convinieron en que era forzoso eliminar al joven; en cuanto al viejo, todos le estimaban, y opinaron que no le matarían.

Poco después de haber subido el raudal de Tabayurén, que es muy largo y de impetuosa corriente, llegaron a la diminuta playa situada al pie del Hai-Merú. Aunque sólo eran las dos de la tarde, el joven, quizá arrepentido de la actitud que había adoptado en la mañana, resolvió pernoctar allí.

El joven guindó la hamaca bajo los árboles, encendió la pipa y se tendió cuan largo era. El viejo hizo fuego y puso una cacerola sobre tres piedras para preparar té, al cual era muy aficionado. De los indios, los más jóvenes, Casilva y Ereimón, tuvieron miedo y no quisieron presenciar la escena: se embarcaron en una de las curiaras, atravesaron el río y guindaron sus chinchorros al pie del moriche, en la ribera opuesta.

Raimundo y Caicusé habían cargado las escopetas como para matar algún danto o tapir, que es el animal más corpulento de la fauna guayanesa. El joven fumaba su pipa con los ojos entornados cuando Raimundo le disparó la escopeta a boca de jarro; el norteamericano dió un colosal salto, profiriendo un espantoso grito, y cayó de espaldas. Al ver el viejo que su compañero había sido asesinado, sacó el revólver que llevaba en el cinto y disparó contra Raimundo. Al momento disparó Caicusé, y el viejo dejó caer el revólver y se llevó las manos al abdomen; en seguida, tambaleándose, el viejo se encaminó a la caja de dinamita, sacó un cartucho, prendió la mecha con tizón y, al apoyarse en el tronco del caruto para lanzar la dinamita a los indios, le estalló en la mano; su cuerpo se desplomó, horriblemente mutilado.

* * *

Al llegar a este punto de la narración, interrumpieron todas las indias para decir que en Camarata se había escuchado el estruendo de la explosión, que retumbó estrepitosamente en los profundos antros del Auyán.

* * *

La explosión de la dinamita tronchó la rama más vigorosa del caruto, para que se irguiese por muchos años como mudo testigo de la tragedia.

El disco del sol, envuelto en rojo manto de nieblas, se hundía detrás de los altos picos del Auyán e iluminaba con sus postreros destellos los ensangrentados cuerpos de los atrevidos exploradores, que luego dormirían el sueño eterno bajo el dosel de la selva inmensa, en medio de aquellos tétricos parajes donde jamás una mano piadosa colocaría una flor sobre su tumba.

J O S E B E R T I

LOS LECTORES

también escriben

Invitamos cordialmente a nuestros lectores de todas las latitudes a que nos escriban comunicándonos sus opiniones y orientaciones útiles para nuestra Revista, sobre las relaciones culturales, sociales y económicas entre los 23 países a quienes va dirigido *MUNDO HISPANICO* o a propósito de perfiles ingeniosos o interesantes de la vida de estos pueblos.

Abrimos esta columna para reproducir tales comunicaciones y también aquellas cartas breves, enojadas u ocurientes que nos vengan por la tierra, por el mar o por el aire y que a juicio de la Revista merezcan ser redimidas de la oscuridad del anonimato o de la esterilidad del aislamiento.

Los autores de las cartas publicadas recibirán, gratuitamente, el ejemplar de *MUNDO HISPANICO* en que aparezca su comunicación y nuestro comentario.

Sr. Director de la Revista *MUNDO HISPANICO*.—Calle de Alcalá Galiano, 4, Madrid (España).

Distinguido señor mío:

He visto y leído con sumo agrado los dos primeros números de la revista *MUNDO HISPANICO*, que ha sido recibida con gran alegría en todos los medios de esta capital chilena. Yo espero, señor Director, que los sucesivos números nos lleguen con la misma brillantez y análogo contenido, que tan acertadamente recoge las primordiales características de las 23 naciones que integran la magna comunidad hispánica.

Permítame, no obstante, que le haga una sugerencia, y que le agradecería muchísimo la atendera, caso de que fuera realizable y que usted juzgara de interés para figurar en las páginas de tan hermosa publicación: se trata de que *MUNDO*

EL TEATRO COLON DE BUENOS AIRES

(VIENE DE LA PAGINA 29)

nolios y ombúes, que ponen un marco de belleza bajo el cielo estival presidido por la Cruz del Sur.

Pero los espectáculos, la organización y la dirección de este gran teatro, no se produce ciertamente por generación espontánea. Una de estas tardes, merodeando por los frescos salones del Colón cerrado en verano, tuvimos ocasión de charlar con algunos de sus directivos. Cuando conocieron los verdaderos móviles de nuestro curioso —ponernos en ambiente para enviar estas cuartillas a *MUNDO HISPANICO*— nos dieron una consigna: "Vea y diga lo que quiera, pero, por favor, ni un solo nombre..." ¿Qué más grato para un español que quebrantar consignas, ir contra corriente, por dirección prohibida o quebrantar regímenes alimenticios? Por eso no hemos de terminar esta evo-

cación sin decir que cuatro columnas de vastas dimensiones sostienen el andamiaje espiritual de este gran coliseo: el secretario de Cultura, nuestro gran amigo Raúl Salinas (en su solapa luce el distintivo de la Cruz del Mérito Civil de España); el viejo (no por los años, sino por la marrullera experiencia de tanto andar entre ese complicado mundillo de telón adentro) Cirilo Grassi, director del Teatro, la minuciosa administración puesta bajo la advocación de Ricardo Marín, y la impalpable, pero necesaria presencia de Ernesto de la Guardia, crítico musical, regidor de la Biblioteca y el Museo y hombre de extraordinaria finura espiritual y cultural.

Quede así entrevistado el Teatro Colón de Buenos Aires y caiga sobre la escena el telón de estas páginas evocadoras.

J O S É I G N A C I O R A M O S

Sr. D. Luis Ulises Salazar.

Chile.

Distinguido amigo nuestro:

Con sumo gusto y por considerarla interesantísima, publicamos su carta en esta sección.

Atendiendo su sugerencia, en uno de los próximos números de esta revista nos ocuparemos de relatar la procedencia de alguno de los ilustres linajes de nuestros conquistadores, reproduciendo, a todo color, sus bellos escudos. Este trabajo será seguido de otros muchos que muestren a las 23 naciones que integran el Mundo Hispánico la nobleza de sus antepasados más ilustres.

Esperando quede complacido y rogándole nos escriba dándonos su parecer cuando vea publicado el artículo a que hacemos referencia, le saluda atentamente,

MUNDO HISPANICO.

Señor Director de *MUNDO HISPANICO*.
Madrid.

Distinguido señor: No, ¡por Dios!, no cambien México por Méjico. Ya en mis tiempos de dictado discutía con el profesor de gramática sobre ello:

—Señorita, se escribe México con j.
—Pero los mexicanos—respondía yo—lo ponen con x.

—Usted no es mexicana.
—En México se escribe así.
—Pero no está usted en México.
—Tampoco México está aquí...

En fin, nos armábamos un lío. Yo seguí escribiendo México, aunque, justo es decir que el señor me dejó por imposible.

HISPANICO dedicara un breve espacio para publicar una sección de linajes hispanoamericanos y que, consagrada a genealogía y heráldica de ambos mundos, nos permitiera conocer el origen, procedencia y nobleza de nuestros antepasados que nos legaron apellidos de profunda raigambre española.

Estoy bien seguro de que esta sección sería acogida con sumo agrado en los medios sociales de este país, en el que, como usted sabrá, existen centros dedicados exclusivamente a esta clase de investigaciones, cuyos representantes asistieron al Consejo Internacional de Genealogía y Heráldica que en 1929 se celebró en Barcelona, presidido y patrocinado por el Gobierno español.

Son muchas las personas que anhelan conocer el origen de sus antepasados y los escudos de armas que aún hoy, en muchos casos, decoran las fachadas de sus casas solariegas; pero como bien sé que resultaría imposible atender las innumerables solicitudes que en este sentido recibiría la Revista, le propongo que esta sección se limite, de momento, a los conquistadores y virreyes de las naciones hispanoamericanas, de los que la América del Sur recibió mayores beneficios y, en muchos casos, más numerosa descendencia.

Creemos que en España habrá escritores dedicados a esta especialidad y nos podrían escribir interesantes textos sobre este tema, ateniéndose a las abundantes fuentes informativas con que pueden contar en los numerosos archivos y bibliotecas españolas, de cuyos legajos y antiguos manuscritos podrían tomar, incluso, los diseños heráldicos de aquellos antecesores nuestros.

Agradeciéndole su atención y confiando no le habré importunado con mi ruego, le saluda atentamente su afectísimo s. s., q. e. s. m.,

LUIS ULISES SALAZAR

Chile, 5 mayo 1948.

LOS LECTORES

también escriben

No crea que esto lo hiciera yo por testarudez —en aquellos tiempos era una buena chica—, había otra razón: México es una linda palabra, huele a vainilla y sabe a mezcal, evoca fuertes y trágicos amores, luz y color, con violentas sombras; llenaba mis ansias de heroína castellana. Remotándome... hasta veía a Huitzilopochtli al frente de los aztecas. En cambio, la palabra Méjico no me evocaba nada; si acaso, la Real Academia de la Lengua, cosa siempre aburrida.

Soy española, y los Spain, Spanien, Espagne... me parecen modos. Pues si fuera mexicana y viera mi México evocador cambiado por un Méjico de laboratorio, sentiría rabia y pena por venir la corrección de un país amado, que las ofensas dañan según el aprecio que se tiene al ofensor.

Nuestra reina Isabel II firmaba Ysabel con Y, y nadie, que yo sepa, se escandalizaba por ello. En los nombres propios, la ortografía es menos rigurosa.

Dejemos, pues, México, y en último término dejemos que los mexicanos escriban su nombre como les salga de dentro, que por eso no van a ser ni más ni menos hispánicos.

Perdone, señor, esta carta tan poco científica en gracia a que "el corazón tiene sus razones que la razón no conoce". El corazón, que siempre, gracias a Dios, manda en las gentes de nuestra raza.

Le saluda cordialmente

JOSEFINA ROMÁN.

Valladolid, 30-V-1948.

N. de la R.—A fin de que podamos remitirle un ejemplar de este número, de acuerdo con las condiciones que figuran al principio de esta sección, rogamos a la Srta. Josefina Román que nos comunique seguidamente su dirección.

